

LAS ESPERANZAS.



Esperanza, tú eres el origen de las maravillosas leyendas, bella con tu túnica verde, amiga de los cuentos azules, sonríes, edificas, prometes y acaricias. Tú pones en la frente del recién nacido largas y hermosas trenzas, la mies en

SEGUNDA SERIE.—1862.

AÑO XX. 19

las llanuras antes que germine, y sobre los hielos de marzo las flores de mayo.

Dios te ha dicho: toma tu vuelo, dirígete, hija mía, á donde están los hombres; porque son mis hijos y mi gran familia. Tú serás en su camino como los ruisenores; si están tristes les cantarás tus canciones, y si esos desterrados que padecen sobre la tierra tienen el mal del país, díles el gran misterio, al oído, muy bajo, y con tu radiante dedo entreabre el velo que les oculta los cielos.

Si les hago sufrir alguna severa prueba, haz brillar tus rayos hasta sobre su calvario. Para curar los heridos toma bálsamos, y para besar sus frentes de pronto reanimadas, levanta suavemente sus coronas de espinas.

Dios te envió, viniste con tus divinas hermanas: la fé te acompañaba con la Caridad. Un monstruo del infierno llamado la Avaricia, te cogió por un paño de tu estrellada túnica, te alejó de tus hermanas, te vió débil, aislada, y para dirigirte hácia pesados sacos de dinero, se apoderó de tu mano celestial con sus encorvadas garras.

Y el monstruo te enseñó un nuevo language: asqueroso maestro, te dijo: pronto, deletrea esas palabras; legados, testamentos, inclínate ahora sobre el mapa y mira al nuevo continente, al través del Océano los ríos de América. No sueñes ya en el cielo, aprende la aritmética, inclina sobre cálculos tu radiante frente. ¡Oh hija del Señor, haz sumas!

Después tomando tu santo nombre que halaga nuestras almas, la Avaricia lo tradujo á su infame gerigonza. Llamó á los parientes que se respetan y se aman, *esperanzas*.... de muerte, de herencia.... Te enseñó á designar desde lejos mas de una cabeza cana al yerno que regatea, al usurero que presta; sopló sobre tus rayos, cambió su sonrosado fuego y de esos rayos de esperanza mas hermosos que los del sol, hizo resplandores de hachas funerales.

Entonces tú sacudiste los sudarios mortuorios que podían contener un poco de oro en sus pliegues; calculaste los años de los parientes ancianos, enfermos y debilitados por la edad: viniste á sondear la llaga y convertiste en moneda todos los amores, todos los afectos.

Hoy la esperanza tiene un aire de enterradora, en vez de abrir encantadora y llena de frescura el verde capullo cerrado que abril coloca sobre las ramas, y de deslizar en él una flor encarnada ó blanca, abre sepulcros para colocar muertos en ellos. Su voz que en el corazón con dulces armonías cantaba cual un risueño, tomó un acento que traspasa, es el graznido de un cuervo revoloteando sobre un cadáver.

¡Oh esperanza! vuelve á tomar tus canciones, tu fresco y verde manto y tiembla y estremécete de edificar castillos en el aire, cuya primera piedra es la de una tumba.

Vuela al lecho de los moribundos, pero como una paloma y no como un cuervo. Marcha á hablarles de Dios en torno de la familia junto al hogar doméstico; marcha al lado del abuelo, pero marcha tierna y alegre para prolongar sus queridos días con una piadosa mentira. Marcha á hacer reflorcer á nuestros engañados ojos su marchito rostro que necesitamos besar y colocar sobre sus blancos cabellos tu verde corona.

Esos ancianos cuya tumba hoy está entreabierta, nos aman, han guiado nuestros primeros pasos, ¡oh! cuando la ternura no está en el corazón, no va á buscar estúpidamente la bolsa en el bolsillo.

¿Pero has merecido tú las reconvenciones y los insultos? *Esperanzas*... es tal vez una simple palabra que sin profundizar admite el uso, ese viejo tonto: palabra cruel inventada por un loco sin recursos, ó mas bien por un judío al salir de la Bolsa.

Pero una palabra como un pequeño fanal ilumina un pensamiento... y esa palabra fatal es tu nombre, Esperanza; un nombre puro, santo, ilustre, cuyas grandezas comprueban nuestros libros piadosos, hermana de la Caridad, de la Fé, es tu nombre hijo de Dios... Librate de una afrenta, y no permitas jamás que el siglo se burle de él, porque es un nombre celestial que arrastran por el lodo.

JACOB DE MERÉ.

HISTORIA DE UN PAGE DEL TIEMPO DE CARLOS VI.

I.

UN VOTO.

Una mañana del mes de octubre del año 1407, el puente levadizo del castillo de Blois, se bajó crugiendo sobre sus cadenas de hierro: la gran puerta se abrió con estrépito, y un joven á caballo, sin mas séquito que un escudero se lanzó al galope de su excelente alazan hasta mas allá de los fosos del castillo, á donde no tardó en reunirse el hombre que le seguía. Después dando un rodeo para entrar en un camino de travesía, que debía acortar su ruta, pasó por delante de una de las torrecillas sobre cuyo terrado una dama, rodeada de sus hijos, ondeaba su banda en señal de despedida. El caballero respondió con ademán gracioso á este saludo, y afirmándose en su silla, se volvió hácia el sitio en que estaba la dama, y gritó, dando á su voz toda la estension posible:

—Si Dios y los Santos me dan ayuda, noble dama, pronto volveré aquí, después de haber cumplido el voto que acabo de haceros.

—¡Que Nuestra Señora te proteja, noble joven! fueron las únicas palabras de la dama.

Aquel joven ginete es uno de los pages de Luis, duque de Orleans, hermano del rey, ó de Mad. Valentina de Milan, su noble esposa.

Ahora, lectores míos, vamos á dejar al page y su escudero que sigan su ruta, y si queréis, volveremos al castillo, cuyo puente levadizo no se ha levantado aún, y procuraremos averiguar lo que ha podido motivar esta salida precipitada del page.

La víspera del día en que empieza esta historia, en una de las habitaciones del castillo de Blois, siete personas estaban diversamente ocupadas. La dama que acabamos de ver sobre la torrecilla, bella y adornada entonces, se daba prisa para acabar un guante de búfalo, sobre el cual había bordado unas armas y una divisa; dos de sus dueñas, cerca de las vidrieras de la ventana, tenían la vista fija en el campo, guardaban silencio temiendo que sus palabras no distrajesen su atención. Junto á ellas dos niños ojeaban un hermoso misal, mirando las viñetas, mientras en un rincón de la ha-

bitacion un jóven page tenia otro niño de rubia cabellera sobre sus rodillas, refiriéndole la descripcion de algunas batallas.

De todos estos personajes ninguno rompía el silencio; la dama solamente, cuyo rostro era todavía hermoso á causa de la felicidad que esperaba, la dama interrumpía á menudo su tarea para dirigirse á las doncellas que examinaban el camino con la vista. De pronto da un grito una de las doncellas.

—¿Qué hay? exclamó la dama levantándose precipitadamente; ¿le has visto? ¿es el duque mi noble esposo?

Todos se levantaron á esta voz; los niños dejaron caer su misal, y Juan ha dejado apresuradamente las rodillas del page.

—No señora, respondió la doncella, no es el señor duque, sino Rogerio, uno de sus hombres de armas.

—¡Dios mío! no vendrá... dijo la dama poniéndose pálida. Pero no, es imposible, añadió pasado un instante, es imposible, vendrá. Hace ya cinco meses que no ha abrazado á su esposa ni á sus hijos. Jacob, preguntó al page, ¿no ha dicho el duque de Berry que mi esposo estaría hoy en Blois?

—Sí, noble señora. «Vé, han sido las palabras del duque, y dí á Valentina de Milan, que mi sobrino de Orleans, estará en Blois el día ocho del mes de octubre, pues lo prometo bajo mi palabra de caballero.» Estas fueron sus propias espresiones.

—Bien lo veis, vendrá, no puede faltar.

En este momento entró otro page, y presentó respetuosamente á la duquesa un rollito de pergamino rodeado de una cinta de seda.

—¿Quién te ha entregado esto, jóven? preguntó Valentina con inquietud.

—Rogerio; noble señora, que llega del palacio de Orleans.

—¡Luego mi esposo no vendrá! exclamó esta abriendo precipitadamente el pergamino... No, no, hoy todavía no, añadió despues de haber leído... ¡Oh! ¡no le veré mas!

Todos se mantenian silenciosos ante ella: luego con una seña hizo salir á los presentes, y cuando quedó sola se abandonó á todo su dolor, se deshizo en lágrimas.

¡Pobre princesa! temía por su esposo, y verdaderamente el estado de los negocios no debía tranquilizarla. Mientras que Carlos VI y la locura dominaban en Francia, todos los partidos renían por los girones del poder. El gobierno del Estado, conñado al duque de Orleans, como presidente del consejo, despues de la muerte del duque Felipe de Borgona, causaba envidia al sucesor de este príncipe Juan Sin Miedo, cuyo carácter no era capaz de calmar la inquietud de Valentina; sabía que para llegar al poder que ambicionaba, seria capaz de todo; y estaba inquieta, porque desde el retiro á que la reducía la educacion de sus hijos, veía á su esposo mezclado en aquel gran drama que se representaba en la escena política de la Francia.

Por eso lloró largo tiempo; mas despues de haber llorado, comprendió que las lágrimas no bastarian á calmar su inquietud; Valentina enjugó sus lágrimas, escribió rápidamente algunos renglones, y tomando un pitito de plata que traía pendiente de la cintura, le hizo sonar de modo, que su agudo sonido se oyó en la galería contigua, y trajo sin tardanza á su lado á su page favorito.

—Acércate, jóven: le dijo, y respóndeme.

Jacob de Meré se aproximó conmovido, y fijó sus ojos en los de su señora, como para adivinar en ellos lo que esta iba á decir.

—Jacob, ¿puedo confiar en tí?

—Mi buena señora, estoy pronto á sacrificarme por vos; podeis mandar, á todo estoy dispuesto.

—¡Muy bien, Jacob, muy bien! dijo la duquesa alargándole la mano; estoy alarmada, añadí despues de algun silencio, me inquieta la suerte de mi esposo, y quiero enviar á donde está un fiel servidor que le haga entender mi cuidado, y le traiga aquí.

—¡Y soy yo el que habeis elegido, noble señora!

—Tú, Jacob, en quien yo confío.

—Por el patriarca de mi nombre, señora, que mi señor el duque volverá aquí conmigo, ó voy á dejar este castillo para siempre.

—Mañana partirás, Jacob, y piensa en cumplir bien tu mision; de esto depende la dicha de mi vida.

El page, volviéndose entonces hacía una imágen de la Virgen, colocada en una pared:

—Juro á Dios que así será, noble señora, y hago voto en presencia de la Virgen, Madre de Dios, de no comer carne hasta que no haya cumplido mi mensaje, y no dejar mi caballo hasta no haber llegado al palacio del duque en París, del que no me retiraré sino para volver aquí. Ahora que Satanás me confunda, si me dispenso jamás de este juramento.

Jacob habia pronunciado este voto con tanto entusiasmo y calor, que la duquesa toda conmovida le dió la mano á besar.

—¡Marcha, le dijo, y que Dios te escuche!

A la mañana siguiente, despues de haber recibido las últimas órdenes de Valentina, y haberse despedido de Juanito, su niño querido, el jóven page habia hecho bajar el puente levadizo, abrir la puerta, y se habia precipitado, como le hemos visto, fuera de los muros del castillo, sin saber si volveria á entrar en él.

II.

LA CASA PATERNA.

La primera campanada de tercia acababa de oirse en Nuestra Señora de Chartres, cuando Jacob y su escudero entraron en esta ciudad, que atravesaron á toda prisa, y aun no habia resonado todavía, cuando ya estaban fuera de las murallas, siguiendo su camino por medio de la campaña, y dirigiéndose hacía un bosque que tenían enfrente.

A los diez y seis años de edad, honrado con la confianza de una duquesa, encargado de una mision, en la cual fundaba la felicidad de su vida, el page se veía ya admitido en el número de los escuderos, obteniendo permiso de mezclarse en algun combate, ganando sus espuelas en un campo de batalla.

¡Pobre jóven! En medio de sus sueños de gloria se mezclaba siempre una idea bien grata, la de la alegría que experimentarí su buena ama cuando volviese acompañado del duque á aquel castillo de Blois, que habia pocas horas acababa de perder de vista. Sin embargo, al atravesar por Chartres, unos sagrados salmos que se cantaban en la catedral, y habian llegado á sus oidos le recordaron sus votos, é insensiblemente habian tomado un colorido mas triste.

De pronto le ocurrió una idea desagradable; su rostro poco antes tan entusiasmado, cuando se veía ya caballero, tomó un aspecto receloso y detuvo su caballo.

—Gerbaud, dijo al hombre que le seguía, ¿no habría en este país mas camino que el que se ofrece á nuestro frente?

—No hay otro, señor page, respondió Gerbaud, á menos de retroceder por la parte superior de la ciudad por donde hemos pasado, y de entrar de lleno en Beane... Mas, añadió dudando, no nos sería bueno ir por esos caminos.

—¿Porqué? preguntó el page.

—El capitán Amerigote, la Cabeza Negra, ocupa todo el territorio con su tropa, y si como se dice, está por Borgoña, nuestra escarapela de Orleans puede muy bien valernos un cordel ó alguna estocada.

—No nos detengamos por eso, exclamó el page con viveza, y preparándose ya á volver la brida.

—¿Pero, señor page, qué fantasía es la vuestra? Pensad, pues, que nos atrasamos mas de dos horas, y no llegaremos jamás esta noche á la parada... sin hablar del peligro.

Este pensamiento del retraso, mas bien que del peligro que hubiera corrido, decidió á Jacob á continuar su camino.

¿Mas cual podia ser el motivo de esta duda, y por qué Jacob quería evitar aquel camino?

Consistía en que el pobre jóven había recordado su voto; sabía que no podia dejar su caballo, é iba á pasar por delante de la casa de su padre, ¡Oh! que esfuerzo necesitaba hacer para pasar por delante de la morada de su padre sin pararse allí, sin ir á abrazar á su madre, á su buena madre que tanto amaba.

Ya descubría la veleta blasonada, que giraba en el tejado de la mansion de su padre; porque el señor de Meré era caballero; ya también veía la entrada del modesto castillo de Meré, cuando dos hombres caminaban delante de él y no había reparado en ellos, tan conmovido se hallaba; un gentil-hombre y un fraile, se volvieron al ruido de los pasos del caballo.

—¡Por el cielo, exclamó al punto el anciano hidalgo, es Jacob; es mi hijo! Dios le envía á nuestra presencia.

A esta voz tan conocida, Jacob estuvo casi para saltar de su caballo, y precipitarse en los brazos de su padre; mas de pronto la idea de su voto se le presentó con fuerza, detiene su cabalgadura, y exclama:

—¡Padre mio, Dios os guarde!

—¿Qué quiere decir esto? preguntó el señor de Meré; ¿por qué Jacob no ha venido ya á mis brazos? ¿No quieres ya á tu padre?

—¡Por Cristo! no creais eso, mi respetable padre, nunca vuestro hijo os amó tanto.

—Ven pues á abrazarme, Jacob.

—¡No me es posible, lo juro por el cielo! He hecho un voto que me retiene sobre este caballo, ni mas ni menos como si estuviese atado.

—¡Muy bien, hijo mio, muy bien! dijo el monge, un voto es cosa santa; faltar á él es ser perjuro á Dios.

—¿Has hecho un voto, Jacob? preguntó el padre con sentimiento.

—Sí, padre, ante la Santísima Virgen he jurado no apearme de mi caballo hasta haber llegado á la corte en que reside Orleans.

—¡Por el infierno! ese voto no le podrás cumplir; Jacob es necesario que entres aquí si quieres abrazar á tu madre antes de que muera.

—¡Su muerte! ¡Jesus! ¿qué decís? exclamó Jacob perdiendo el color.

—Si, Jacob, si, su muerte, repuso el viejo hidalgo; hace dos días que está muy mala, los físicos la han abandonado, y vé ahí un santo varón que acaba de hablarla de Dios durante su agonía. ¡Pobre Gertrudis!

Y el anciano caballero enjugaba dos grandes lágrimas que corrían por sus mejillas.

—¡Mi madre vá espirar! exclamó Jacob volviendo del aturdimiento que le había producido tan terrible noticia.

—Vamos, ven, hijo mio, ven; tu vista infundirá alegría en su corazón, y dulcificará la amargura de este momento.

—¡Por el cielo! iré, suceda lo que suceda. Quiero abrazar á mi madre.

Sin reflexionar, había ya Jacob dejado los estribos, y se preparaba á saltar en tierra cuando el religioso adelantándose de pronto le sujetó fuertemente por el brazo, en el momento en que iba á saltar del caballo.

—¡Cristiano, acuérdate de tu voto! gritó con voz sonora.

Y Jacob volvió á sentarse sin fuerza sobre la silla. Nada puede pintaros el dolor del desgraciado page, combatido entre el amor á su madre y su voto que era una cosa sagrada. Se puso á llorar, y dejó caer su cabeza sobre el hombro de su padre, que se había acercado á él y le abrazaba.

—¡Desgraciado de mí! repetía Jacob con sollozos, desgraciado de mí que me he comprometido así temerariamente.

—Jóven, no murmures, le dijo gravemente el religioso; Dios es grande, y Nuestra Señora la Virgen te ayudará. No te desanimes y cumple tu comision.

En este momento tocaban á misa en la capilla de una aldea inmediata. Este tañido religioso que se había mezclado á las palabras del sacerdote produjo en el alma del pobre jóven un efecto saludable.

—Si, yo marchó, exclamó con voz mas firme, cumpliré mi mision, lo he prometido á Mad. Valentina, y haga el cielo que el duque mi señor emprenda sin tardanza este camino; entonces estaré libre de mi voto, podré volver para abrazar á mi madre. ¡Adios, padre mio, quedaos con Dios; santo varón, rogad por la salud de mi madre!

A estas palabras hizo señas á Gerbaud, que todo conmovido se había retirado á un lado, y á los pocos minutos había enteramente desaparecido, no sin volver muchas veces la cabeza hácia aquel sitio en que dejaba á su madre entre la vida y la muerte. El señor de Meré y el religioso no pudieron separarse del lugar en que Jacob acababa de dejarlos llenos de admiración de su fuerza de alma y de su valor, hasta pasado algun rato.

Ya era muy de noche cuando entró en París, y sin hacer caso de las reiteradas preguntas de los ciudadanos que se paraban á su paso, y le interrogaban con curiosidad, se dirigió aceleradamente al palacio Orleans.

La puerta de este estaba abierta, y se apresuró á entrar en el patio, donde una porción de escuderos esperaban con sus caballos al lado, mientras dos caballeros se mantenían armados junto á una mula ensillada. A su entrada en el patio, Jacob fué acogido por una aclamación general de los pages.

—¡Hola! ¿Jacob, eres tú? por mi futura barba que te creía muerto, exclamaba uno.

—¡Salud al page de las hembras! decia otro.

Mas sin responderles, Jacob, luego que llegó á la mitad del patio, saltó de su caballo, porque ya podia hacerlo, y se precipitó hácia la habitacion del duque, donde fué introducido al instante.

El duque iba á salir; ya habia cubierto su cabeza con su gorra y los hombros con su manto, cuando entró el page, alterada la respiracion y cubierto de sudor.

—¿Eres tú, Jacob? dijo el duque al verle. ¿De dónde vienes, hijo mio, que estás tan fatigado?

—De Blois, monseñor.

—¿Y qué noticias traes de Valentina, mi noble esposa?

—Malas, monseñor; el no veros la tiene afligida y cuidadosa; llora, se desconsuela, y si os descuidais, mi buen señor, podrá muy bien suceder que Mad. Valentina, ¡que el cielo la proteja! sucumba á su dolor.

—¡Loca! exclamó el duque encogiéndose de hombros.

—¡Loca! si, eso es cierto, monseñor, replicó Jacob con ardor y arrebatado de su estimacion á la duquesa; loca, porque tanto piensa en vos, cuando vos tan poco os cuidais de ella!

—¡Por Satanás! señor page, exclamó el duque arqueando las cejas; tu insolencia merece castigo. Mas quiero atribuir-la á tu afecto á Valentina, añadió un instante despues, como rependiéndose de su enfado.

—¡Oh! perdonadme, monseñor, pero si vos la hubiérais visto como yo llorar en medio de sus hijos, que estrechaba contra su corazon; hasta el hijo de Mad. de Cany, el pequeño Juan, acariciaba, hablándole de vos. ¡Oh! si la hubiéseis visto así desconsolada, monseñor.....

—Basta, basta, exclamó el duque paseándose y bajando al patio de su palacio.

—¡Oh! venid, monseñor, venid, continuó Jacob con instancia; si la hubiérais oido. «Parte, me ha dicho, y piensa que á su regreso está unida la felicidad de mi vida.» El duque conmovido cediendo á los ruegos de Jacob, dijo á todas sus gentes de armas reunidas ya en el patio de su palacio para acompañarle:

—Iré, partiré esta noche misma; mi primo de Borgoña hará lo que mejor le parezca; pero yo que no vea á Valentina. ¡Que se preparen á ponerse en camino! Y á tí en recompensa de tu celo, te armo por mi escudero.

Dobló su rodilla Jacob, y el duque tocándole con su espada, lo elevó á un grado, primer escalon para ascender á caballero, dignidad muy apetecida entonces.

Uno de los nobles que se encontraban allí, se preparaba para ir á transmitir esta orden, y los ojos de Jacob despedían rayos de alegría, cuando un page de la reina se presenta y viene á suplicar al duque que pase inmediatamente á su palacio.

El duque dudó; quizás tambien iba á decidirse á seguir el camino de Blois, cuando el page de Isabel añadió:

—La reina espera, monseñor, ¿qué le digo?

—Que te sigo, Amelot, dijo el duque enteramente decidido; y despues evitando pasar por delante de Jacob, cuyos ojos suplicantes parecían decirle, ¡Valentina! salió precipitadamente.

El pobre Jacob se retiró abatido á su estancia, y allí, no viéndose obligado á reprimirse, lloró mucho tiempo pensando en su madre. Pero al fin el cansancio triunfó, y se quedó dormido.

III.

LA HISTORIA DE LA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA.

Cerca de tres semanas habian corrido desde que Jacob estaba en París y no habia podido llegar á hacer renacer en el ánimo del duque la decision de partir para Blois, decision que la llegada inoportuna del page de la reina habia tan desventuradamente destruido. Muchas veces durante este tiempo, el duque habia intentado enviar á Jacob para calmar la inquietud de Valentina, pero Jacob habíalo obstinadamente rehusado.

Los dos poderosos rivales, los duques de Orleans y de Borgoña que dividían entre sí el poder, se observaban uno á otro, y cada uno espiaba una ocasion de deshacerse de su rival, y de arrancarse el poder. Ambos tenían un partido considerable, y sus partidarios solo esperaban como sus gefes, una señal, una ocasion para acometerse los unos á los otros; la guerra civil era inminente.

Jacob concebía bien que en un momento semejante el duque no podia alejarse de París; habria sido dar una ocasion al de Borgoña favorable para apoderarse de la autoridad. Mas el pobre joven tenía siempre ante sus ojos á su madre moribunda. Júzguese cual seria su alegría cuando al cabo de quince dias Jacob recibió un mensaje del señor de Meré, que le anunciaba la curacion completa de su madre.

Ya con esto tranquilizado del todo, esperaba con mas paciencia sin olvidar por eso á Valentina, su buena señora.

Habian circulado por la ciudad algunos rumores de conciliacion entre los dos rivales.

Una noche que el duque habia ido á ver á la reina al palacio Montaigné, Jacob y algunos pages le habian acompañado. Despues de haber quitado las bridas á sus caballos, y haberse informado de si el duque necesitaba sus servicios, los pages se habian salido de palacio, buscando en la calle una hostería donde poder descansar y jugar una partida de dados. A cierta distancia de la calle de Barbette, Jacob habia visto una imagen de Nuestra Señora toscamente dibujada sobre una puerta, encima de la cual un jarro de estaño anunciaba que allí se daba de beber á los hidalgos, plebeyos ó villanos, cuya bolsa estaba bastante provista para pagar el gasto. Jacob se decidió á entrar en esta hostería, y los otros pages le siguieron.

Apenas se habian colocado en una mesa con un jarro delante y los dados en la mano, cuando entró un hombre, y fué á sentarse junto á otra mesa enfrente de la que ellos ocupaban. Muy pronto á aquel hombre se agregaron cuatro ó cinco personas, algunas con la librea de Borgoña.

—¡Por Dios! exclamó uno de los recién llegados pensando un momento; creo que descubro en aquel rincon un nido de orleaneses.

Esta insolente provocacion fué recibida con grandes risotadas de los borgoñones; pero los pages de Orleans, sea que estuviesen demasiado engolfados en su juego, sea que despreciasen un insulto tan grosero, no se movieron, y continuaron su partida.

—¡Mozo, dados! exclamó el hombre un poco desconcertado al ver la sangre fria de los pages.

—No tengo mas, señor, respondió el hostelero; acabo de dar los últimos á esos hidalgos que veis allí.

—Siempre los de Orleans, murmuró el hombre dando un puñetazo en la mesa, así nos quedaremos sin jugar por causa de esos donceles.

—¡Hola! los lindos pages, dijo, dirigiéndose á Jacob y á los suyos y dando á su voz una espresion chocarrera; tenemos gana de jugar, ¿quereis cedernos vuestros dados?

—Cuando hayamos acabado, respondió Jacob con sangre fria.

—Eso será muy pronto, señores míos, ó voy á arrancároslos de las manos.

Diciendo estas palabras se había levantado y acercado á la mesa de los pages. Estos se levantaron súbitamente, y echaron mano á sus dagas, movimiento que fué imitado por los borgoñones de la otra mesa.

Iban ya á llegar á las manos, cuando se metió un hombre entre ellos, y los separó.

—Por el cielo, que venís á tiempo, señor de Ocquetonville porque iba á sondear las costillas de ese orleanés con mi daga borgoñona.

—¡Oh! podrá suceder que muy pronto esos jóvenes mirlos no canten tan insolentemente! murmuró el hombre que los había provocado, y bastante alto para ser oído por Jacob, que alargó la cabeza y parecía dispuesto á escuchar lo que se iba á decir en la mesa inmediata.

Pero ni el hombre que acababa de entrar, ni los que le rodeaban, continuaron la conversacion; parecia evidente que la presencia de los pages los estorbaba. Jacob que lo advirtió, se decidió á quedarse. Los dos grupos se observaban hacia algun tiempo, cuando el desconocido hizo una señal al hostelero que se acercó á los pages y les dijo quitándose la gorra:

—Mis buenos señores, el toque de queda va á empezar, y sabeis que las ordenanzas son severas.

Jacob hubiera querido no retirarse, mas el duque esperaba sus pages á las ocho. Temia que se tramase alguna conspiracion contra su amo. Los otros pages habian ya salido, y él se adelantaba hacia la puerta, cuando un hombre embozado en su capa y con el capuchon inclinado sobre la cara, pasó por delante de él y entró en la hostería. Habian creído reconocer al mismo duque de Borgoña.

De camino que regresaba á la habitacion de Orleans iba Jacob reflexionando en lo que acababa de ver. ¿Por qué el duque de Borgoña entra á estas horas en una hostería? Las palabras del desconocido se presentaban á la memoria. «Podrá suceder que estos jóvenes mirlos no canten mas tan insolentemente.»

Cuando entró en el palacio encontró un mensaje de Valentina para el duque de Berry. Se propuso hablar al duque de todo lo que había visto,

Al día siguiente muy de mañana estaba en el palacio de Nesle en presencia del duque de Berry; y cuando le hubo entregado el mensaje de la duquesa de Orleans, le participó sus alarmas.

—¡Loco! le dijo el duque amistosamente; tu afecto á mi sobrino Luis te pone demente. Jamás ha habido menos peligro. Sabe que se ha fijado un día entre los príncipes para una reconciliacion pública, y este día no está lejos.

—¡Que el cielo os oiga! monseñor; pero ¿qué iba á hacer el duque de Borgoña á aquella hostería?

—No pudo ser el, jóven; estaba todavía aquí un cuarto de hora antes de la queda.

Enteramente tranquilizado con este discurso, Jacob se retiró, y pronto supo que se hacian los preparativos para la reconciliacion pública de los dos príncipes.

En efecto, se verificó dos días despues. Los dos príncipes comulgaron juntos, y partieron la hostia; se juraron amistad fraternal, rompieron sus banderas alegóricas, y despues de haber asistido á una comida suntuosa que les dió el duque Berry, se acostaron en la misma cama, lo que era entonces costumbre entre los hermanos de armas. Jamás reconciliacion alguna había parecido mas sincera.

IV.

LA CALLE BARBETTE.

El miércoles 23 de noviembre por la mañana el duque de Orleans había hecho llamar á Jacob de Meré, y cuando estuvo en su presencia:

—Jóven, le dijo, llegaste aquí pronto hará un mes con un mensaje de Valentina, mi noble esposa, quiero hoy darte la recompensa.

—¿A mí, monseñor? dijo Jacob lleno de contento.

—Sí, mi page; quiero darte una comision, porque me has sido leal y fiel servidor.

—¿Qué es menester hacer?

—Llevar un mensaje á Valentina; á esto está reducido.

—¡Imposible, monseñor! dijo Jacob cuya alegría desapareció al punto.

—Sí, lo sé, has hecho un voto á la Virgen, mas esto no es contrario á tu voto, jóven; tú debias conducirme al lado de Valentina, es á Valentina á la que traerás aquí.

—¿La duquesa á París?

—Sí, Jacob; mi primo el de Borgoña se ha convidado para el domingo próximo á una comida en mi palacio de Orleans y quiero que mi noble y agraciada dama sea la reina de esta fiesta.

Jacob dudaba; el objeto de su mensaje se había llenado; pero se recordó las palabras del fraile; un voto es cosa sagrada, y el que lo quebranta es perjuro para con Dios. Y rehusó de nuevo partir.

—Pues enviare á Rogerio, dijo el duque.

La noche de aquel mismo día Jacob, feliz y orgulloso, había seguido al duque que había ido á visitar á su hermano el rey Carlos VI, á su palacio de San Pablo. El rey estaba en uno de esos lucidos intervalos, y despues de haber hablado de los negocios del Estado con el duque de Orleans, lo había dejado en libertad para pasar á ver la reina en su nueva habitacion de Montaigú. Jacob había tambien seguido allí á su señor, y esperaba en una sala baja con los gentiles hombres del duque.

Dejémosles esperar á su señor, y para pasar el tiempo volvamos á aquella hostería de la imagen de Nuestra Señora.

La puerta de la hostería está cerrada esta noche para el público: sin embargo, aun desde fuera se oyen en lo interior voces que hacian presumir que debía haber numerosa reunion; y desde luego que entramos reconocemos á uno de los criados de cámara del rey Carlos. No lejos de él otros trece hombres agregados al servicio del duque de Borgoña, y entre los cuales se veia el proveedor de agua de palacio, están sentados, y beben como los primeros. Todos están ar-

mados, y parecen aguardar alguno que tardaba en llegar.

—He visto al señor de Ocquetonville, dijo uno de los que estaban á la mesa vecina; entraba en el palacio Artois; sin duda ha ido á tomar las últimas órdenes del duque.

—Dios quiera que traiga algunos escudos, dijo otro, porque yo no me muevo sinó.

—¡Ni yo! ¡ni yo! exclamaron todos los concurrentes.

De Ocquetonville entraba entonces.

—Todo vá bien, dijo al entrar; antes del último golpe de la queda, el negocio estará terminado, y podemos contar con la proteccion del monseñor Borgoña.

De Ocquetonville tocó sonriéndose á su bolsillo, y todos alargaron la mano precipitándose hácia él. Distribuyó algunos escudos á cada uno, prometió mas todavía para el día siguiente y luego que hubo concluido dijo:

—Ahora manos á la obra, señores míos, y se salieron de la hostería.

Jacob estaba todavía en la sala baja, en donde le hemos dejado con los gentiles hombres, cuando vió venir hácia él á Ocquetonville que llegaba corriendo.

Ocquetonville se presentó á la puerta de la habitacion de la reina, y como le rehusaban la entrada:

—Por el rey, dijo.

Y lo dejaron pasar.

—Monseñor, dijo al duque luego que estuvo en su presencia; el rey nuestro señor me envia á buscaros para un negocio urgente, de que quiere hablaros al punto.

Despues salió, atravesó corriendo la sala en que se encontraba Jacob, y regresó precipitadamente á la hostería de la imagen de Nuestra Señora.

El duque sin embargo no podia concebir cual seria el negocio de que tenia que hablarle Carlos, á quien acababa de ver. No obstante, no pudiendo dudar de la verdad de esta orden, que se le transmitia por uno de los criados del rey, hizo ensillar su mula, y un instante despues salió del palacio de Montaigné precedido por Jacob y otros pages que llevaban hachones, y seguido de dos gentileshombres bien armados.

El duque y su séquito acababan de entrar en la calle de Barbette, cuando el caballo de uno de los gentileshombres tascó el freno, se volvió y partió con el ginete á rienda suelta por el lado de la puerta de Bandet. El caballo del otro gentilhomme, arrastrado por este ejemplo, siguió el mismo camino, llevándose tambien á su ginete, y el duque se encontró solo con sus tres pages.

—¿Qué significa esto? exclamó Jacob inquieto con esta fuga, que no sabia á que atribuir.

—Vamos, Jacob, ¿tendrías miedo? le preguntó el duque.

En este momento un hombre oculto en el esquinazo de una casa apareció de pronto delante del duque y deteniendo su mula:

—Detente, le gritó.

El duque, creyendo á este hombre un ratero nocturno, se apresuró á responderle:

—¡Soy el duque de Orleans!

—Ese es al que buscamos, respondió insolentemente el hombre.

—¡De Ocquetonville! exclamó Jacob, que se habia aproximado y reconocido al gentilhomme de la hostería.

Saltó de su caballo, tiró de su espada, y vino á colocarse delante del duque para defenderle. Este sin embargo, pro-

curaba empuñar su daga, cuando de un hachazo Ocquetonville le derribó la mano derecha que tenia sobre el pomo del arzon de la silla.

—¡A mí! gritó de Ocquetonville.

Al punto el duque y sus pages fueron rodeados de asesinos. Los otros dos pages, espantados con esta vista, habian soltado sus hachones, y habian huido pidiendo socorro. Jacob permanecia solo con su señor, y se defendia contra seis de los agresores. De un segundo hachazo Ocquetonville partió el cráneo del duque, que cayó á tierra.

—Cobardes y traidores, exclamó Jacob, es monseñor de Orleans, y cometeis una felonía de que habeis de dar cuenta.

—Este doncel, dijo uno de los hombres, es nuestro bello jugador de dados.

—Por vida mia, oportunamente se encuentra aquí; vamos á jugar una partida completa.

Y el hombre que hablaba así peleaba fuertemente con Jacob, que traspasado ya con dos heridas de puñal, fué á caer de rodillas cerca de su señor.

El duque respiraba todavía. Jacob se dejó caer delante de él, procurando reparar los golpes que no dejaban de darle los asesinos. Vanamente estos trataban de separar este page, cuyos gritos podian atraer gente; Jacob con una mano se habia agarrado á los vestidos del duque, y con la otra sostenia su espada, hiriendo con ella á cuantos se le acercaban.

Sin embargo, el duque, habiendo recibido un tercer golpe en la nuca, tenia el cráneo enteramente quebrantado; hizo un último esfuerzo para levantarse, y cayó otra vez... no era ya mas que un cadáver.

Jacob, acibillado de heridas, se defendia todavía; mas cayó sin fuerzas, y Ocquetonville pudo arrancar de sus manos el cuerpo de la víctima. Despues, arrastrándolo hasta un monton de lodo, levantó uno de los hachones que ardian aun, y se aseguró de si efectivamente aquel cadáver era el del duque de Orleans, y se retiró rápidamente, seguido de los suyos.

Jacob respiraba todavía.

—¡Socorro... gritaba, que asesinan á monseñor!

Lo que acabamos de referiros, habia sido cosa de un momento, y los vecinos que despertaron al ruido no habian tenido todavía tiempo de acudir al sitio del crimen. Sin embargo, Jacob, viendo que se cansaba en inútiles esfuerzos para llamar gente, fué arrastrándose hasta la puerta de una casa, é iba á golpear si hubiese tenido fuerzas, cuando un vecino salió con un hachon.

—¡Salvad á monseñor! dijo Jacob, y dió el último suspiro, como si la vida hubiese aguardado para abandonar el cuerpo de aquel desgraciado jóven, á que hubiese dado esta última prueba de afecto á su señor.

Al siguiente dia por la noche, en la iglesia de Blancs-Manteaux, dos cuerpos estaban colocados en una cama mortuoria, rodeados de cuantos príncipes y nobles habia en la corte de Francia. Estos dos cuerpos reposaban bajo un pabellon con blasones, sin ninguna distincion, á no ser que el lecho de uno no estaba tan elevado como el del otro; eran los dos cadáveres de Luis de Orleans y de Jacob de Meré. ¡Su muerte los habia igualado!.. Los mismos honores se hicieron al uno que al otro, y despues de concluido el oficio fúnebre, cuatro príncipes de la sangre se presentaron para

llevar el féretro en que iban los cadáveres. Estos cuatro príncipes eran el rey de Sicilia y el duque de Berry, el duque de Borbon, y el cuarto... ¿lo creéis? ese mismo duque de Borgoña, que no se temía aun por el asesino, y que sin pudor, se presentó para conducir sus víctimas hasta su último asilo, y para ver una pesada piedra cubriendo el cuerpo de su rival.

Allí se depositaron los dos cuerpos, allí también el page fué colocado junto al duque, como si se hubiese querido probar que aquel joven, que había tomado parte muriendo por su señor, tenía derecho á dividir con él los honores de su sepultura.

Valentina de Milan, siempre esperando en su castillo de Blois la vuelta de su page, que debía traerle á su esposo. ¡Desgraciada princesa! después de esperar un mes solo recibió un mensaje de muerte.

En cuanto al señor de Meré, después de la muerte de su hijo, todos los príncipes á porfía lo querían á su lado, porque, ya os lo he dicho, en esta época un recuerdo de gloria no era perdido; y se colmó de honores y respeto aquel anciano hidalgo, porque había dado el ser á un joven tan noble y tan valiente.

EL CONDE DE FABRAQUER.

PASAR LA MANO POR LA IGLESIA.

(COSTUMBRES DE GALICIA.)

Muchas veces, en diversos escritos y periódicos, he dedicado algunas líneas á hablar un poco sobre la superstición de que las gentes sencillas de Galicia son esclavas, tal vez por su gran fe religiosa, ó porque la naturaleza misma que les rodea fuerza su imaginación á concebir cosas extrañas y sobrenaturales, que no pueden existir dentro de la esfera racional de la vida del hombre.

El pájaro de la muerte, las *meiguerías* (brujerías) y las *meigas* (brujas); los *tragos*, el *mal de ojo*, los *encantos* y las *ánimas en pena* que vagan por la noche perdidas por las arboledas, flotando, resbalando y columpiándose pavorosas en la espesura, ó cruzando *procesionalmente* de uno á otro lado el lugar: de todo esto he dicho y escrito algo, no muy bueno, pero sí de bastante interés, por ser casi todo copias exactas de escenas que presencié mas de una vez y conservo en mi memoria con sus mejores detalles.

Cuando se apaga la última vibración del *toque de ánimas* que dá el esquilon de una iglesia en la campiña, al repetir el eco, asegurará el supersticioso labrador que aquella vibración, aquel eco místico es el postrer gemido que exhala un moribundo. Y si la brisa mueve en aquel instante y arrastra con vago susurro algunas hojas secas, no vacilará en afirmar que es el espectro, envuelto en su trasparente sudario, que á favor de las sombras comienza su peregrinación misteriosa por el mundo.

Quizás yo mismo, al oír el relato de ciertas maravillas,

y aun hoy, al sentir ocupada mi pobre imaginación por esos cuentos fantásticos, que si no son superiores, valen tanto por lo menos, como los de las *Mil y una noches*, incurro en la preocupación, ó *superstición*, que los mismos narradores de tragedias tan singulares no se toman siquiera el trabajo de disimular; participando, por el contrario, de cierto éxtasis que no puede menos de comunicarse al oyente.

Aquel reposo inmutable, aquella vida verdaderamente patriarcal de las familias; una feracísima naturaleza, tan feraz como melancólica y llena de encantos; aquel cielo que unas veces recortan las puntas caprichosas de las montañas, ó las frondosas copas de árboles seculares, ó desvanece, en las riberas del mar, la inmensidad del Océano; las ruinas que aquí se descubren agitando la mente cuando se detiene á penetrar en vano la oscuridad de su origen; allí una casa ó palacio derruido, que los pretenciosos archiveros de abultados cronicones quieren atribuir á la decantada *raza sueva*, que tan asendereados y sin descanso trae á los *futuros* historiadores del país; los torreones aislados sobre la loma de una colina, y los castillos que guarnecen ó guarnecieron á esta y la otra villa señorial, mudos testigos que el paso del tiempo respetó, para que recordaran á la generación presente la edad del *feudalismo*; los innumerables milagros que allí, en Galicia, obran los santos de especial devoción; la especie de *remordimiento* que algunos ancianos sufren al contemplar los conventos desiertos y cerrados al culto, desgracia horrenda que no falta quien atribuya á los malos oficios de entes invisibles y poderosos, activos predecesores del *Antecristo*: la costumbre, la necesidad de vivir entre el pavor de una atmósfera cargada de espíritus, ya maléficos, ya protectores y amigos: todo esto contribuye á formar la *gran leyenda* de todas las leyendas gallegas.

Brevemente llevo dada una idea de las preocupaciones que dominan aquellas apartadas comarcas de la vieja Iberia, tan desventuradas como dignas de mejor suerte, tan ricas por su naturaleza como pobres por la incuria de sus habitantes y olvidadas por los mismos hombres públicos que recogieron allí un día el primer grado de su significación y futuro engrandecimiento. Mucho mas pudiera decir y entenderme, sin fatiga, con solo dejar correr á la pluma, si la índole de estos lijeros renglones no me obligase á circunscribirme al principal asunto, al extraño epígrafe con que los encabezo y habrá probablemente llamado la atención del lector.

Esto de *pasar la mano por la Iglesia* debe parecerle, si no un absurdo, un enigma, un acertijo, una de esas simples combinaciones de palabras sin fondo razonable, con que suelen entretenernos en la infancia nuestras *nodrizas jubiladas*, esas segundas madres que hasta cierta edad se abrogan todas las atribuciones, todas las preferencias, todos los fueros y derechos establecidos en el seno de una familia.

Y sin embargo, es la fórmula con que muchos crédulos pretenden ver curados todos los males, así del alma como del cuerpo; la fuente mágica, por decirlo así, en donde se lava y borra cualquier mancha impresa en el corazón por los maleficios de los malquerientes; conjuro poderosísimo que ahuyenta los espíritus infernales, como la varita virtuosa con que Moisés rasgó las aguas del *Mar Rojo* para salvar á su pueblo perseguido y errante.